

Dave y Neta Jackson

Héroes de la fe

clv

Primera Edición 2023 (CLV)

© 1996 por Dave y Neta Jackson
Título original: Hero Tales

© de la edición española de 2023 por la editorial CLV
Ravensberger Bleiche 6
33649 Bielefeld
Alemania
Internet: clv.de

Traducción: Elisabet Ingold-González, Leonberg, Alemania
Corrección: Jorge Luis Rodríguez, Cuba
Edición: EDV- und Typoservice Dörwald, Steinhagen, Alemania
Portada: Lucian Binder, Marienheide, Alemania
Impreso por ARKA, Cieszyn, Polonia

256687
ISBN 978-3-86699-687-8

Contenido

Prólogo	6
Martín Lutero	9
William Tyndale	21
Menno Simons	33
Juan Bunyan	45
Juan Wesley	57
David Zeisberger	69
Juan Newton	81
Adoniram & Ann Judson	93
Jorge Müller	105
David Livingstone	117
Hudson Taylor	129
Dwight L. Moody	141
Mary Slessor	153
Amy Carmichael	165
Cameron Townsend	177
Eric Liddell	189
Gladys Aylward	201
Watchman Nee	213
Jim Elliot	225
Lista de rasgos de carácter	236

Prólogo

En tiempos del Antiguo Testamento, era habitual que los padres contaran historias verdaderas a sus hijos. Las emocionantes escenas de las vidas de los padres de la fe y de los héroes de la fe se volvían a contar de generación en generación y así permanecían vivas en la memoria durante siglos.

También en el Nuevo Testamento se nos anima a recordar como Dios preparó a hombres y mujeres para que fueran un ejemplo y un estímulo para imitar.

Desgraciadamente, hoy en día esas experiencias en las que padres o madres cuentan o leen a los niños historias bíblicas o apasionantes relatos misioneros se han vuelto poco frecuentes. Cada vez más, los medios digitales se encargan de esta tarea inundando a nuestros hijos de imágenes, con estrellas de dudosa reputación y escenas moralmente dañinas.

En nuestra sociedad dominada por los medios y la falta de quietud, qué bendición es entonces cuando especialmente los padres, se toman tiempo para encaminar a sus hijos en una buena dirección, dándoles objetivos de vida que merecen la pena, mediante la narración de historias inspiradoras y la lectura en voz alta. Así además también activan las habilidades lingüísticas, la reflexión, la imaginación y el juicio de sus hijos, previniendo la "demencia digital".

Al mismo tiempo, estas experiencias compartidas también sirven a la unión de la familia y se convierten en una gran bendición tanto para el propio lector como para los agradecidos oyentes.

Esto es precisamente lo que pretenden estos emocionantes retratos de vida que bien pueden forjar el carácter al leerlos e inspirar una alegría genuina y duradera. Leer o escuchar estas biografías seguramente impulsará animadas conversaciones y dejarán una huella en las vidas de aquellos que las consideran.

Cada retrato de vida de este libro expresa una importante virtud cristiana como por ejemplo la paciencia, la modestia, la confianza, la humildad, la disciplina, la misericordia, etc., por lo que hay mucho material estimulante del que hablar juntos después de la lectura.

Queridos padres y madres: ¡Invertid vuestro tiempo en la formación del carácter y los valores de vuestros hijos contándoles o leyéndoles en voz alta historias valiosas y emocionantes! Ellos no lo olvidarán y lo conservarán agradecidos como un recuerdo duradero. Tomaros el tiempo necesario para hacerlo. La bendición de Dios aportará un gran beneficio y orientación a las generaciones que crecen en un entorno y una sociedad egoísta, ensimismada, sin rumbo ni Dios.

Los niños, consciente o inconscientemente, anhelan ejemplos creíbles que estén guiados por nuestro Señor Jesús, que demuestren fortaleza de carácter y que animen a imitarlos.

Wolfgang Bühne
Primavera 2023



Martín Lutero

GIGANTE DE LA REFORMA

Martín Lutero nació el 10 de noviembre de 1483 en Eisleben, Alemania. De joven estuvo a punto de caerle un rayo, y prometió hacerse monje si Dios lo libraba del peligro.

Cumplió su promesa e ingresó en un monasterio. El 3 de abril de 1507, Lutero fue ordenado sacerdote y más tarde se convirtió en profesor de la Universidad de Wittenberg.

Aun así, Lutero se sentía atribulado por sus pecados. Sentía como si Dios no estuviera contento con él. Cuanto más se esforzaba por ser «bueno», peor se sentía, hasta que un día leyó Romanos 1:17: «El justo vivirá por la fe».

No se había dado cuenta de que no podía *ganarse* el favor de Dios. Era un don de Dios que sólo podía recibir por fe. Después de que Lutero aceptara el don de Dios, su primera pregunta fue: «¿Por qué no aprendí esto en mi iglesia?».

Miró a su alrededor. La Iglesia decía a la gente que para agradar a Dios debían comprar «indulgencias» (perdones escritos para el pecado) y obedecer las normas eclesiásticas. Esto traía dinero al tesoro de la iglesia y mantenía a la gente bajo control para el gobierno, pero era un truco.

Lutero intentó primero convencer a los líderes eclesiásticos de que debían enseñar la verdad. Unos pocos aceptaron, y el duque Federico de Sajonia simpatizó con lo que decía Martín. Pero la mayoría de los dirigentes eclesiásticos y estatales veían las ideas de Lutero como una amenaza para su poder. El juicio de Lutero en la ciudad de Worms fue la gota que colmó la copa. Se negó a retratarse de lo que había escrito a menos que la Biblia demostrara que

estaba equivocado. Podría haber sido ejecutado si el duque Federico no le hubiera protegido.

Martín Lutero murió en 1546, pero sus reformas eclesiásticas perduraron como Iglesia Luterana.

Visión

SALVADOS PARA UN FIN

«¿Vas a ver a una chica?» se burló el amigo de Martín Lutero mientras los dos universitarios emprendían su viaje de tres días a casa. «¿Quién ha dicho algo de una chica? Estas son unas vacaciones», dijo el joven Martín.

«Por supuesto, y estoy *seguro* de que pasarás todo el tiempo estudiando para los exámenes». Su amigo le dio un empujón juguetón.

Martín se le lanzó para defenderse y su amigo se escabulló de su alcance. Martín corrió tras él, pero sólo dio un par de pasos cuando su dedo del pie se enganchó en una raíz y cayó de cabeza en el polvo.

No se levantó de un salto. El dolor le desgarró la pierna. Una mancha oscura se extendió por su pantalón. Llevaba una espada de doble filo para protegerse de los ladrones. Pero sin una vaina que la cubriera, al caerse la espada le había herido gravemente la pierna.

La sangre fluía libremente y Martín no podía detenerla.

«¿Qué pasa? Vámonos», llamó su amigo.

Martín pensó que podría morir, y las palabras no le salían.

Al cabo de unos instantes, su amigo se arrodilló a su lado. «¡Menudo corte! Será mejor que vuelva a Erfurt a buscar ayuda».

La ayuda llegó y unos brazos fuertes llevaron a Martín a la universidad, donde un médico detuvo la hemorragia. Pero la vida de Martín pendió de un hilo durante varios días antes de recuperarse.

Poco después, una peste tifoidea arrasó la ciudad. La enfermedad se cobró la vida de varios amigos y compañeros de estudios.

La vida no es segura, pensó Martín. Yo mismo podría estar en ese lecho de muerte. ¿Entonces qué? ¿Le dejaría Dios entrar en el cielo?

Prometió ser mejor persona y comprar algunas indulgencias extra a los sacerdotes. Tal vez así Dios estaría contento con él.

A los veintiún años se licenció y decidió seguir estudiando para doctorarse en Derecho. Pero se tomó un descanso y se fue a casa diez días. A su regreso, se desató una violenta tormenta de verano. El cielo hervía de nubes y la tarde se hizo tan oscura que necesitó una linterna para orientarse.

El miedo se apoderó del corazón de Martín. No podía quitarse de la cabeza la idea de que demonios y duendes se burlaban de él desde detrás de los árboles o desde las nubes arremolinadas.

Cuando empezaron a caer grandes gotas de lluvia, se escabulló bajo un gran olmo. En cuanto llegó a su abrigo, un poderoso rayo de luz partió el árbol por la mitad. El esqueleto desgarrado del árbol resplandeció contra el cielo encolerizado.

«Oh, Dios», gimió Martín mientras caía de rodillas. «¡Sálvame! Ten piedad de mí y te serviré para siempre». Como la mayoría de las tormentas de verano, ésta pasó rápidamente, y un sol brillante atravesó las nubes, trayendo alivio y esperanza. Martín se dio cuenta de que se había salvado de la muerte tres veces. No olvidó su promesa, y a las dos semanas fue a un monasterio para hacerse monje. Sabía que estaba vivo por algún motivo. No quería que Dios tuviera que buscar a otra persona para cumplir ese propósito.



La visión incluye reconocer que Dios tiene un propósito para tu vida y la de cada persona.

Coraje

«¡EN ÉSTO ME MANTENGO!»

Martín Lutero no podía quedarse callado. Estaba enfadado con los funcionarios de la Iglesia que intentaban engañar a la gente vendiéndoles trozos de papel (indulgencias) que decían que sus pecados –pasados y futuros– quedaban perdonados.

Cuando Lutero había viajado a Roma, había visto los lujos que el clero había comprado con el dinero de esta pobre gente. ¡Un pedazo de papel no podía perdonar pecados! También descubrió lo malvados que se habían vuelto algunos papas y otros líderes. Durante siglos, habían controlado a personas y naciones. Un papa fue acusado incluso de haber envenenado al anterior.

Con sus sacerdotes y papas haciendo tantas cosas pecaminosas, ¿cómo podía la Iglesia de Roma prometer el perdón a nadie? Además, Lutero había visto en la Biblia que nadie podía ganarse o comprar el favor de Dios: «El justo vivirá por la fe» y sólo por la fe. Sabía que los cristianos sólo podían vivir bien si confiaban en la ayuda de Jesucristo.

Tenía que hacer algo. Así, el 31 de octubre de 1517, Martín Lutero clavó una lista de noventa y cinco objeciones (o «tesis») en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg. Comenzó a escribir libros y panfletos que hablaban de las fechorías de la iglesia.

Estas acciones enfurecieron a muchos dirigentes eclesiásticos y estatales. Lutero había desafiado su poder y puesto al descubierto sus malas artes. No se le podía ignorar.

Los enemigos de Lutero intentaron obligarle a ser juzgado en Roma. Pero sus amigos, como el duque Federico de Sajonia, sabían que esto era peligroso. Si iba a Roma, Lutero probablemente sería

asesinado. En su lugar, organizaron su juicio en Alemania, en la ciudad de Worms. El emperador Carlos V estaría allí para supervisar el juicio.

El Dr. Juan Eck, un famoso teólogo y abogado, fue elegido para procesar a Martín Lutero.

En el juicio, Eck puso sobre la mesa una pila de libros de Martín Lutero. Y le preguntó si renunciaba a esas enseñanzas.

Lutero pidió algo de tiempo para preparar una respuesta adecuada. Al día siguiente, dijo que gran parte de lo que había escrito era la pura verdad. Nadie lo discutiría. «Así que no hay razón para renunciar a esa parte. Algunos de mis otros escritos tratan de los terribles abusos de la Iglesia romana aquí en Alemania. Y todo el mundo sabe que esos problemas son reales, así que esa verdad no puede dejarse de lado.»

«Además», continuó, «Dios hizo nuestras mentes libres, por lo que la conciencia de uno (convicción sobre lo que está bien o mal) no puede ser forzada. Ésa es mi respuesta».

«Muy inteligente», dijo Eck. «Ahora quiero una respuesta sencilla». «De acuerdo», convino Martín Lutero. «A menos que puedan convencerme por las claras enseñanzas de la Biblia que estoy equivocado, no puedo retractarme y no me retractaré de lo que he escrito. En esto me mantengo. No puedo hacer otra cosa. Que Dios me ayude. Amén».



Coraje a veces significa arriesgar tu propia seguridad para hacer lo que es correcto.

Alegría

UNA ESPOSA EN UN BARRIL

«Querido Dr. Lutero», comenzaba la carta. «Somos doce monjas en el convento cerca de Grimma. Entendemos que usted ya no cree que estemos obligadas a cumplir los votos que hicimos cuando vinimos a vivir al convento. ¿Podría ayudarnos a escapar?»

Martín Lutero se rascó la cabeza. ¿Qué había empezado? Como sacerdote de la Iglesia romana, Lutero había hecho voto de celibato (de no casarse). Pero la lectura de la Biblia le hizo ver que esto no era obligatorio. Al decir que los supervisores y obispos debían ser «marido de una sola mujer», la Biblia permitía claramente que los líderes de la Iglesia se casaran. Incluso el apóstol Pedro, a quien la Iglesia romana consideraba su primer Papa, había tenido una esposa. Así que Lutero escribió sobre estas nuevas convicciones.

En Alemania, casi una quinta parte de la población vivía en conventos y monasterios donde no se permitía el matrimonio. Muchos se hacían monjas o monjes porque esperaban que eso les ayudara a ser santos. Otros se habían visto obligados a ello por tiempos difíciles. Lutero no creía que esto era bueno.

A medida que avanzaba la Reforma, la iglesia en Alemania se separó cada vez más de la Iglesia de Roma. Martín Lutero había traducido el Nuevo Testamento al alemán, de modo que el ciudadano medio podía leer la Biblia. Los cultos se celebraban en alemán en lugar de latín. Y ocurrieron muchos otros cambios.

Ahora algunas monjas querían salir de su convento.

Lutero pidió ayuda a un viejo amigo. El amigo ideó un plan para sacar de contrabando a las monjas en barriles de arenque vacíos. El carro cargado de monjas con olor a pescado llegó a Wittenberg,

pero aún no estaban a salvo. Si volvían a casa de sus familias, las superiores del convento las encontrarían y se las llevarían de vuelta. Y las familias probablemente cooperarían.

El matrimonio era la única solución. Sorprendentemente, pronto se encontraron maridos para todas las monjas menos para una. Su nombre era Catalina de Bora. «Para mí el mismísimo Martín Lutero, no me casaré con otro», declaró.

La siguiente vez que Lutero visitó a sus padres, les contó la historia de esta atrevida joven a modo de broma.

«Bueno, ¿por qué no te casas con ella?», preguntó seriamente su padre.

«¡Yo no!» dijo Lutero. «Mis enemigos lo usarían en mi contra».

«Te dije que no debías hacerte monje», le recordó su padre. «¿Cómo continuará el nombre de la familia si no te casas y tienes hijos?». Martín Lutero reflexionó sobre lo dicho por su padre. El 15 de junio de 1525, Lutero y Catalina se casaron discretamente. Dos semanas más tarde, planearon un banquete de bodas para celebrarlo. Cuando Lutero escribió a un amigo para invitarle a la fiesta, le dijo: «He hecho reír a los ángeles y llorar a los demonios».

Fue una gran fiesta, y un año después nació su primer hijo.

Cuando Martín Lutero miró a su hijo en la cuna, sonrió como cualquier papá orgulloso. «Patalea, mi niño», dijo. «El Papa a mí también me ató con pañales, pero me los quitó a patadas».



La alegría se encuentra cuando no te tomas la vida
o a ti mismo demasiado en serio.



William Tyndale

EL HOMBRE QUE TRADUJO LA BIBLIA AL INGLÉS

William Tyndale nació en Inglaterra alrededor del año 1490. Estudió en la Universidad de Cambridge hacia 1520, cuando las «ideas luteranas» eran una cuestión polémica y muchas de las convicciones protestantes de Tyndale probablemente se originaron en este periodo.

Tras completar sus estudios, Tyndale fue a vivir a la casa de Sir John Walsh en Gloucestershire, al parecer como profesor privado de los dos hijos de Walsh. La familia Walsh tenía fama de ser hospitalaria con el clero y los nobles por igual, y Tyndale participó en muchas discusiones sobre teología mientras trabajaba en la casa de la familia Walsh. Se horrorizó al comprobar que incluso las personas que ocupaban cargos en la iglesia apenas conocían la Biblia. Ahora tenía claro que debía traducir la Biblia al inglés para que las personas de su patria pudieran leer la Palabra de Dios por sí mismas.

En aquella época, estaba prohibido traducir las Escrituras sin permiso oficial. Las iglesias utilizaban la Vulgata latina, que la gente común no entendía. Como la iglesia no le concedió ningún permiso oficial para su proyecto, Tyndale abandonó Inglaterra para iniciar su traducción en Europa.

En 1526 se imprimió en Alemania el primer Nuevo Testamento completo en inglés, en la ciudad de Worms. Ana Bolena, la esposa de Enrique VIII de Inglaterra obtuvo una copia y se la mostró al rey. Pero Enrique la rechazó alegando que no era necesaria una Biblia inglesa en ese momento. Si se iba a hacer una traducción debía ser

por un erudito respetable dentro de la iglesia oficial y no por un sacerdote que había huido de su patria.

En 1535, Tyndale fue traicionado mientras se alojaba con un comerciante amigo en Amberes, Bélgica. Pero a pesar del encarcelamiento de Tyndale, Miles Coverdale, un antiguo compañero de Oxford, terminó una traducción de la Biblia inglesa basada en gran medida en la obra de Tyndale. Pocos meses después de que William Tyndale fuera quemado en la hoguera, el rey Enrique puso su sello de aprobación en la Biblia y, en 1539, todas las iglesias recibieron la orden de proporcionar ejemplares a los feligreses.

Un hombre con visión para el futuro

EL MUCHACHO DETRÁS DEL ARADO DESAFIARÁ AL ABAD

Pero, ¿por qué tenemos que aprender estos viejos y polvorientos vocablos en latín, maestro Tyndale?», se quejó el pequeño.

William Tyndale reprimió una sonrisa. «Debes aprender latín para poder leer las Sagradas Escrituras», respondió con seriedad.

«Entonces, ¿por qué no escriben la Biblia en inglés?», refunfuñó su alumno.

«¡Shh!», advirtió su hermano mayor. «¡Eso es contra la ley!»

«Pero el chico tiene razón», reflexionó Tyndale. «Todos los hombres, mujeres y niños de Inglaterra, ricos o pobres, deberían tener la oportunidad de leer la Palabra de Dios en inglés, y no sólo escucharla en latín, cosa que de todos modos casi nadie entiende». Desde el camino de entrada se oyó el sonido de un carruaje de caballos que llegaba. Al parecer, se esperaba a algunos invitados para la cena en Little Sodbury Manor.

William Tyndale llevaba poco tiempo en la mansión. Fue contratado como tutor de los dos hijos de Sir John y Lady Anne Walsh en Little Sodbury Manor. Sir John y Lady Anne eran conocidos por su hospitalidad y muchas personas conocidas de los círculos de nobleza o eclesiásticos eran a menudo invitados a su mesa. Tyndale disfrutaba de estas cenas; porque las conversaciones sobre política o teología eran siempre muy animadas.

Esa noche, la discusión en la mesa de los Walsh resultó ser aún más animada que de costumbre. Tyndale escuchó atentamente los argumentos de los invitados.

«He oído que el Papa se ha negado a disolver el matrimonio del rey Enrique y la reina Catalina. Pobre hombre, puede que no tenga un heredero varón después de todo».

«¡Pobre hombre, sin duda! No es culpa de la reina que sólo haya dado a luz a niñas hasta ahora. ¡Pues que Enrique le pase la corona a la princesa si no hay heredero varón!»

«Tonterías. El rey Enrique tendrá a su hijo, ¡aunque tenga que abandonar la Iglesia Católica para ello!»

Un abad de la iglesia, vestido con ropas nobles y adornado con una pesada cadena de oro, se dirigió a Tyndale: «Maestro Tyndale –comenzó–, he oído que usted ha llegado a conocer algunas «ideas reformistas» en la Universidad de Cambridge. ¿Qué dice usted a esto?»

Todas las miradas se volvieron hacia el joven académico.

«No es lo que piense yo», dijo Tyndale con serenidad. «Lo importante es lo que dicen las Escrituras al respecto. Explíquenos usted, Abad, lo que dice la Biblia sobre el divorcio».

«Bueno, yo... yo... eso es cosa del Papa», tartamudeó el abad. «El Papa dice...»

«Sabemos lo que dice el Papa. ¿Qué dice la Sagrada Escritura?»

El abad se puso colorado. «¡No voy a ser interrogado por un párroco de pueblo!», gritó.

Tyndale dijo con enfado: «Eso es porque no se lee la Biblia, y la gente no puede leerla porque sólo tenemos Biblias en latín. Necesitamos una Biblia en inglés que pueda ser leída tanto por el rey como por el hombre común».

Los dos chicos de Walsh se miraron con los ojos muy abiertos. ¿Qué decía el maestro Tyndale? ¿No sabía que esos comentarios eran contrarios a la ley?

William Tyndale señaló con su dedo al abad. «¡Si Dios me deja vivir, antes de que pase mucho más tiempo, ayudaré al muchacho detrás del arado a conocer la Biblia mejor que Usted!»



Tener una visión para el futuro significa
no sólo ver lo que hay, sino lo que hay que hacer.



Donde no hay revelación, un pueblo se desenfrena.
(Prov. 29:18)



1. ¿Por qué los sacerdotes de la Iglesia oficial no querían que todo el mundo pudiera leer la Biblia?

2. ¿Cómo crees que William Tyndale quería ayudar al muchacho detrás del arado a saber más de la Biblia que los sacerdotes?

3. Agradece a Dios que puedes leer la Biblia en tu propio idioma. ¿Tienes una Biblia «sobrante» que pudieras regalar a alguien que no tenga ninguna?

Paciencia

«¡QUEMAD LOS LIBROS!»

El Arzobispo de Canterbury levantó la vista de su escritorio. «Bueno, ¿qué hay?», preguntó a su secretario.

El secretario colocó dos libros encuadernados en cuero sobre el escritorio. «Hemos encontrado otros dos ejemplares de la edición inglesa del Nuevo Testamento de William Tyndale, en dos ciudades diferentes».

«¿Qué? ¡creía que habíamos dado orden a los vendedores de libros que no vendieran esos escritos ilegales!», dijo el arzobispo.

«Pero todos los compran. Los vendedores están haciendo un buen negocio», admitió el secretario.

El arzobispo tomó uno de los libros y lo abrió: «¡Mire aquí! Ha traducido esta palabra como «arrepentimiento» y no como «penitencia». Si la gente deja de pagar por el perdón de sus pecados, la Iglesia pronto estará en bancarrota. Debemos detener esto inmediatamente».

El arzobispo recorría la habitación de arriba abajo detrás de su escritorio. «Evidentemente, nuestros controles sobre los barcos mercantes no han podido impedir la importación de estos libros a Inglaterra Y mientras los libreros hagan negocio con ellos, se venderán de forma clandestina». De repente, el arzobispo se detuvo y una sonrisa maliciosa iluminó su obeso rostro. «¡Ya lo tengo! Compraremos estos Nuevos Testamentos nosotros mismos, todos ellos! Y luego los destruiremos. Así no llegarán a manos de la gente común».

Parecía un buen plan. Los hombres del arzobispo se comportaron como clientes ordinarios, visitando a los libreros y comprando

ejemplares del Nuevo Testamento de Tyndale. No amenazaron a los libreros porque querían comprar el mayor número posible de ejemplares.

Cuando la gente del arzobispo no pudo encontrar más ejemplares, el arzobispo mandó que se hiciera una enorme hoguera. Mientras las llamas ardían, los hombres arrojaron todos los libros al fuego.

«¡Ahora hemos sido más astutos que ese Tyndale!», se rió maliciosamente el arzobispo.

En Alemania, Humphrey Monmouth, uno de los marineros que pasó de contrabando las traducciones de Tyndale, le contó a su amigo acerca la pira ardiendo del arzobispo.

Tyndale bajó la cabeza, perdido en sus pensamientos. «Bueno, todavía tenemos las placas de impresión», suspiró. «Creo que tendremos que empezar de nuevo. Pero va a llevar un tiempo reunir el dinero para una nueva tirada».

Una amplia sonrisa se extendió por el rostro de Humphrey Monmouth, y luego echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse a carcajadas. Tyndale le miró sorprendido. Pero entonces se quedó con la boca abierta de asombro cuando el robusto comerciante sacó de su abrigo una bolsa de cuero llena de monedas... y luego otra y otra y otra.

«¿Qué es esto?», exclamó Tyndale.

«Jajaja, hohoho», se rió Monmouth. «Esa es tu parte del dinero que el arzobispo pagó por todos esos libros, ya sabes que por cada libro vendido recibes un porcentaje de la ganancia de los libreros. ¡Es suficiente para una tirada mucho mayor!»

William Tyndale también se rió. «Nadie puede detener a Dios, ni siquiera un arzobispo».



Paciencia significa saber que la obra de Dios se hará, a pesar de todos los contratiempos y obstáculos, aunque el camino sea largo.



Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante.
(Heb. 12:1)



1. ¿Por qué William Tyndale hizo imprimir más Nuevos Testamentos ingleses, incluso después de que el arzobispo hubiera quemado casi todos los ejemplares de la primera edición?
2. ¿Por qué no funcionó el plan del arzobispo?
3. Si tú estas tratando de hacer algo bueno para Dios y no parece funcionar, ¿por qué es importante ser paciente?

Fe

UN AMIGO FINGIDO

¿Hay alguna noticia nueva sobre el rey? –preguntó William Tyndale a su anfitrión con entusiasmo. «¿Ha visto el rey Enrique mi Nuevo Testamento?»

Thomas Poyntz, un comerciante inglés que acababa de regresar a su casa de Amberes, negó con la cabeza. «Las noticias no son buenas, amigo mío. El rey ha rechazado tu Nuevo Testamento inglés. Dijo que no se necesitaba. Y no sólo eso. Ya te están buscando en toda Europa. Debes tener mucho, mucho cuidado».

William Tyndale asintió. «Aquí estoy ciertamente a salvo gracias a tu amabilidad. Hay muchos extranjeros en Amberes. Nadie se percatará de mi presencia, sobre todo porque paso la mayor parte del tiempo sentado en tu desván trabajando en la traducción del Antiguo Testamento».

Mientras los dos hombres se deseaban una buena noche, Tyndale añadió: «Oh, casi lo olvido. Nuestro joven amigo de la universidad, Henry Phillips, vendrá a comer la semana que viene. ¿Estarás tú también aquí?»

Thomas Poyntz parecía muy serio. «Me temo que no podré estar. Tengo previsto otro viaje para la semana que viene. Pero... preferiría que no tuvieras visitas mientras estoy fuera. Es demasiado peligroso».

Tyndale dio una palmadita a su amigo en el brazo. «Vamos. No estarás pensando que el joven Henry podría ser un peligro, es muy amable. Parece interesado en nuestras ideas de reforma».

«Demasiado amable». Poyntz estaba preocupado. «A mí me parece que «suenan a lata» y no como una moneda auténtica».

A la semana siguiente, Henry Phillips llamó a la puerta de la

casa de los Poyntz. «¿Está Thomas en casa?», preguntó el apuesto joven cuando William Tyndale abrió la puerta.

«No, está fuera», respondió Tyndale. «Pero a pesar de ello podemos comer juntos».

«Escucha –dijo Phillips–, tengo una idea ¿por qué no vamos a la ciudad a comer? De camino tengo que dar un recado. Si no te importa, claro está».

«En absoluto», convino Tyndale. «Voy a por mi sombrero y mi abrigo y nos vamos ya».

Avanzando por el empedrado, los hombres llegaron de repente a un callejón estrecho, donde sólo podía pasar una persona a la vez. Phillips le indicó a Tyndale con un gesto cortés que pasara el primero. Cuando Tyndale llegó al final del pequeño callejón, se sorprendió al ver a dos soldados esperando allí. Quiso darse la vuelta y volver corriendo, pero allí vio a Henry Phillips señalándole con el dedo. «¡Es él, arréstenlo!», gritó el joven.

¡William Tyndale había sido traicionado!

Durante casi un año y medio estuvo en la prisión de Vilvoord, en Amberes. Thomas Poyntz lo intentó todo durante este tiempo para conseguir su liberación. Pero en agosto de 1536 William Tyndale fue condenado como hereje por enseñar cosas contrarias a lo que dice la Iglesia. Fue condenado a muerte y debía ser ahorcado y luego quemado en la hoguera.

Mientras sus afligidos amigos se reunían en octubre para ver su valiente final, Tyndale levantó la cabeza al cielo y clamó: «¡Oh, Dios! Abre los ojos del Rey de Inglaterra».

No había pasado ni un año cuando Thomas Poyntz recibió maravillosas noticias desde Inglaterra. Un hombre llamado Miles Coverdale había publicado la primera Biblia completa en inglés. ¡Esta Biblia se basaba principalmente en la traducción de William Tyndale y el rey Enrique VIII le había puesto su sello de aprobación! No sólo eso; en 1539 mandó a todas las iglesias de Inglaterra que pusieran copias de ella a disposición de los feligreses.

La oración de fe de William Tyndale había sido atendida.



La fe es la capacidad de dejar
el trabajo inacabado en las manos de Dios.

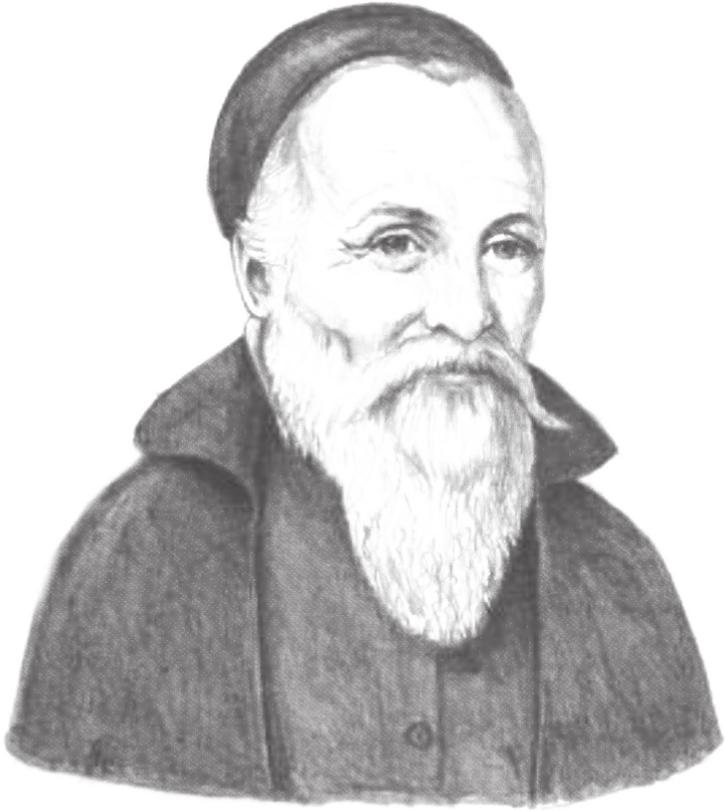


*Pero la fe es la realización de lo que se espera,
la convicción de lo que no se ve.*

(Heb 11:1)



1. ¿Qué quiso decir William Tyndale cuando oró: «Abre los ojos del rey de Inglaterra»?
2. ¿Cómo respondió Dios a la oración de Tyndale, que murió antes de terminar su trabajo en la Biblia inglesa?
3. ¿Te sientes desanimado por algo que no puedes terminar tú mismo? Haz una oración de fe con tu familia o amigos, poniendo el asunto totalmente en manos de Dios.



Menno Simons

UN PROFETA DE LA PAZ

Menno Simons nació en el norte de los Países Bajos en 1496. Fue ordenado sacerdote católico en 1524 y sirvió hasta que se sintió incómodo con algunas enseñanzas de la Iglesia Católica Romana, como el bautismo de niños.

Creando que la Biblia era la máxima autoridad de los cristianos, Menno Simons recurrió al Nuevo Testamento. Mientras lo leía, se convenció de que la iglesia estatal estaba equivocada en varios puntos importantes. Dejó el sacerdocio en 1536 y fue rebautizado por Obbe Philips.

Las personas que se bautizaban por segunda vez solían llamarse anabaptistas, que significa rebautizadores. Menno pronto fue llamado a ser predicador y líder entre las congregaciones de anabaptistas del noroeste de Europa. Con el tiempo, sus seguidores fueron llamados menonitas.

Menno y la mayoría de los demás anabaptistas creían en la paz y se negaban a usar la violencia, incluso cuando estaban en peligro.

Sin embargo, aunque los anabaptistas no eran rebeldes contra el Estado, su postura crítica contra la iglesia estatal fue percibida como una amenaza. Y tanto la Iglesia católica como el Sacro Imperio Romano intentaron acabar con ellos.

A veces, esto también ocurrió con la Iglesia luterana en Alemania y en los países vecinos. Y ocasionalmente ocurrió también donde la Iglesia Reformada estaba unida al Estado.

Al principio, la persecución fue severa para todos los reformados, pero fue más cruel para con los anabaptistas, porque rechazaban estrictamente cualquier alianza con el Estado. Entre cuatro a

doce mil Anabaptistas en Europa fueron asesinados a causa de su fe.

En 1543, el Papa ofreció cien monedas de oro a cualquiera que traicionara a Menno Simons. Sin embargo, por la gracia de Dios y la ayuda heroica de otros creyentes, Menno nunca fue capturado. Murió de una muerte natural en 1561.

Integridad

UN «MARGINADO» PARA EL SEÑOR

Aunque era un sacerdote católico romano en los Países Bajos, Menno Simons nunca había leído la Biblia. Pero algunas de las enseñanzas de la iglesia estatal no le parecían correctas, así que comenzó a leer el Nuevo Testamento por sí mismo.

Cuando empezó a enseñar directamente de la Biblia, algunos de sus oyentes comenzaron a pensar que la iglesia estatal estaba equivocada. «Necesitamos una nueva iglesia, una iglesia verdadera», decían con entusiasmo.

«No», dijo Menno, que disfrutaba de la vida de párroco.

«No es necesario, esperemos. Las cosas pueden cambiar. Seguiremos celebrando los servicios de la iglesia como siempre, aunque sepamos que algunas de estas prácticas son falsas.»

Pero otras personas que consideraban que la iglesia estatal estaba equivocada estaban haciendo algo al respecto. Un grupo llamado los münsteritas estaba dispuesto a luchar para lograr el cambio. «¡Al menos están haciendo algo!», decía la gente. Frustrados, muchos de los propios seguidores de Menno Simons se unieron a los münsteritas en un castillo cercano llamado El Viejo Claustro. Sabiendo que las tropas del gobierno podrían venir y tratar de disolverlos, se prepararon para protegerse con espadas y otras armas.

«No hagáis esto», advirtió Menno. «Recurrir a la violencia es uno de los errores que ha cometido la iglesia estatal. La Biblia lo prohíbe. No olvidéis lo que dijo Jesús: <Todos los que saquen la espada morirán por la espada.>»

Pero la gente, que en su mayoría no sabía leer la Biblia, no quiso escuchar, porque Menno no vivía de acuerdo con sus propias creencias.

Entonces, el 5 de abril de 1535, los soldados del gobierno asaltaron el Viejo Claustro y rompieron sus defensas. De las 300 personas que había dentro 130 murieron en la batalla. Después, la mayoría de los otros rebeldes fueron ejecutados.

Entre los asesinados estaba Peter Simons, el propio hermano de Menno. Menno no había podido convencerle de que no se uniera a los rebeldes.

«¿Quién eres tú para decirme lo que tengo que hacer?», había desafiado a su hermano.

«Nos dices que la Iglesia romana es falsa, pero no haces nada al respecto. Te quedas en ella, disfrutando del salario de un sacerdote».

En los días siguientes, Menno estuvo muy triste. «Han cometido un error», dijo, «pero al menos tuvieron el valor de vivir según lo que creían. A mí, en cambio, no me importaba nada más que mi propia comodidad y lo que la gente pensara de mí. Ahora ¡mira lo que ha ocurrido! Estas personas eran como ovejas sin pastor, y yo me negué –por razones egoístas– a convertirme en un pastor para ellas.

Puede que se hayan equivocado, pero su muerte es culpa mía».

Cayendo de rodillas, oró: «Señor, dame un corazón limpio y perdóname por buscar la vida fácil. Dame el valor para seguirte con valentía, cueste lo que cueste».

En enero de 1536, renunció al sacerdocio y pronto fue bautizado por el Obispo Philips. Durante el resto de su vida, fue un «marginado» del estado, un delincuente, pero fiel a Dios.



Integridad es vivir honestamente
de acuerdo con lo que uno cree.



Pero les dijo a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero todo el que pierda su vida por causa de mí, este la salvará.

(Lucas 9:23-24)



1. ¿Qué sucedió cuando Menno Simons comenzó a leer la Biblia por sí mismo?
2. ¿Por qué la gente no escuchó a Menno cuando les advirtió que no «usaran las armas»?
3. La seguridad y la comodidad no son lo más importante en la vida. ¿Te has encontrado en situaciones en las que has tenido que elegir entre hacer lo correcto y hacer lo que era cómodo?

Lealtad

RECOMPENSA: 100 MONEDAS DE ORO

Los alcaldes y otros funcionarios del gobierno de los Países Bajos estaban enojados. No habían sido capaces de detener el crecimiento de las iglesias anabaptistas clandestinas. En una carta al emperador Carlos V se quejaron: «Podríamos haber acabado con los anabaptistas si no fuera por un antiguo sacerdote, Menno Simons, que es uno de los principales líderes aquí. Va por todas partes haciendo nuevos adeptos».

Los funcionarios arrestaron y torturaron a muchos anabaptistas para destruir la nueva iglesia. Si la gente cooperaba con los oficiales negando o rechazando su fe y dando los nombres de otros anabaptistas, eran ejecutados rápidamente y «con misericordia» cortándoles la cabeza. Si no negaban su fe y se negaban a decir los nombres de otros anabaptistas, sufrían la muerte más lenta y dolorosa de ser quemados en la hoguera. Pero por muy cruel que fuera el gobierno, la iglesia clandestina siguió creciendo. «Esto no funciona», se quejó el emperador a sus ministros.

«Necesitamos capturar a este Menno Simons. Cada vez que atrapéis a un anabaptista, concentraos en una sola cosa: ¡Averiguad dónde se esconde Menno Simons!» Así que los funcionarios lo intentaron. Después de muchas torturas, Tjard Reynders admitió que había dejado que Menno Simons se quedara en su casa una vez y que incluso había sido bautizado por él, pero no quiso negar su fe. Otro hombre, Sjouck Hayes de la ciudad de Leeuwarden, finalmente confesó que una vez había escuchado a Menno Simons predicar en un campo fuera de la ciudad.

Pero el gobierno con esto tampoco consiguió atrapar a Menno. «Estamos haciendo todo mal», dijo el emperador. «¿Qué esperanza tenemos de que la gente nos ayude a atrapar a Menno si los matamos de todos modos tan pronto como admiten ser anabaptistas? Lo que necesitamos es encontrar a alguien a quien podamos sobornar. Ofrezcamos un perdón total a quien nos ayude. Mejor aún, ofrezcamos cien monedas de oro y el perdón. Si no hay peligro para la persona que nos ayude, entonces seguramente encontraremos a alguien que nos diga dónde está».

Así que el emperador envió el aviso a todos los funcionarios de los Países Bajos, donde se sabía que Menno Simons viajaba y predicaba. Este aviso de recompensa fue impreso y publicado y leído en voz alta en las plazas de las ciudades.

Los esfuerzos del gobierno por atrapar a Menno Simons le hicieron la vida muy difícil. Siempre estaba huyendo. Una vez escribió: «En todos estos países, no puedo encontrar una cabaña o choza donde mi pobre esposa y nuestros pequeños hijos puedan estar a salvo por mucho tiempo. Tarde o temprano tendremos que hacer las maletas y huir». A menudo viajaba solo por la noche y se colaba en una ciudad, predicaba una o dos veces y se iba antes de que las autoridades supieran que había estado allí.

Durante los años siguientes, muchas personas fueron bautizadas por Menno, y la nueva iglesia creció rápidamente. Los agentes del gobierno capturaron y torturaron a varios nuevos cristianos y los mataron, pero nadie traicionó al predicador itinerante conocido como Menno Simons.



La lealtad es permanecer fiel a tus amigos pase lo que pase.

Amor abnegado

EL BARCO EN EL HIELO

Menno Simons y su hijo Jan caminaban por los muelles del puerto helado de Wismar. «Mira», dijo Jan, «hay una luz en el puerto. Ningún barco zarparía ahora, ¿verdad, padre?». «No lo creo», dijo Menno Simons. Era diciembre de 1553, y el tiempo más frío que había visto en el norte de Alemania. «Ningún barco ha salido de Wismar durante una semana». «Tal vez un barco está tratando de llegar al puerto entonces». «Si es así, hará falta el equipo de rescate de la ciudad para salvarlos con este tiempo», dijo el predicador. «¡Ese es un trabajo que me gustaría!», sonrió Jan. Simons negó con la cabeza. «Puede que sea emocionante, pero también es peligroso. Veremos qué pasa por la mañana». Al día siguiente, cuando padre e hijo pasaron por el mismo camino, nadie había rescatado a la gente del barco congelado. Tras hacer algunas preguntas, descubrieron el motivo:

«Esa es la gente de John Laski ahí fuera», gruñó un oficial de la ciudad que estaba de pie con otros curiosos en el muelle helado. «Son parte de la Iglesia Reformada, y Alemania es ahora luterana. El emperador Carlos V los expulsó a Inglaterra hace siete años. ¡Ja! Ahora la reina María ha decretado que Inglaterra vuelve a ser católica otra vez, así que quieren volver. ¡Pero nosotros no queremos a estos luteranos! Ya tenemos demasiados problemas con los menonitas».

El rostro de Menno Simons se volvió muy sombrío. Agarró el brazo de su hijo y se apresuró a bajar a la calle.

Al cabo de una hora, varios de los miembros más destacados de la iglesia clandestina anabaptista de Wismar estaban reunidos en la casa de Menno. Jan y sus hermanas les escucharon hablar. «¿Por qué deberíamos hacer algo?», preguntó un hombre. «No es nues-

tra preocupación que estén atrapados en ese barco. Menno, no olvides que John Laski te echó de Frisia Oriental. Mató y maltrató a muchos de los nuestros allí. ¡Y eso fue después de pretender ser amigable con vosotros!»

«Pero ahora necesitan ayuda», dijo Gertrude, la esposa de Menno. «Si el equipo de la ciudad no los rescatará, debemos hacerlo nosotros».

«Si salimos ahí, todo el mundo en el pueblo lo sabrá, y estaremos en peores problemas», objetó otro menonita. «Además, ese hielo es extremadamente peligroso. Y no tenemos el entrenamiento ni el equipo».

«Hay niños en ese barco», argumentó Menno. «Debemos ayudarlos. Tengo entendido que los propios hijos de Laski pueden estar ahí fuera».

«Más motivo todavía para dejarlos allí», refunfuñó una voz seria. «Ya sean reformados, católicos romanos o luteranos, todos están en contra nosotros. ¿Por qué deberíamos ayudarles?»

«Hermanos y hermanas», suplicó Menno, «¿qué haría Jesús?». Sus palabras acallaron las protestas, y en pocos minutos todos acordaron llevar comida al barco y ofrecer a los refugiados seguridad frente a la tormenta.

Los refugiados de la Iglesia Reformada fueron rescatados y parecían agradecidos. Pero, con la esperanza de hacerse amigos de los luteranos, algunos refugiados entregaron a los funcionarios de la ciudad una lista con los nombres de los menonitas que les habían ayudado. En menos de un año, los menonitas fueron expulsados de la ciudad.



El amor abnegado a veces significa devolver bien por mal.

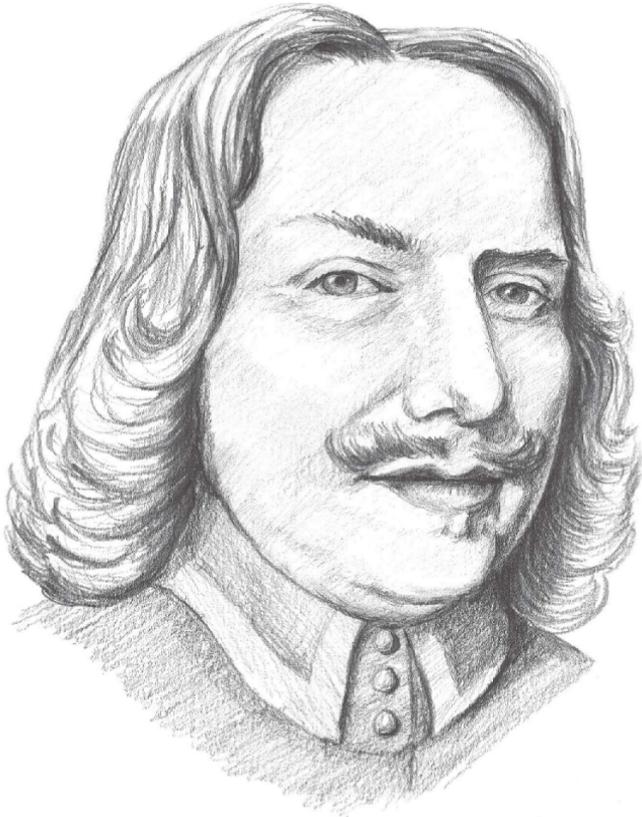


«Pero yo os digo a vosotros, los que me escucháis, que améis a vuestros enemigos. Haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que son crueles con vosotros».

(Lucas 6:27-28)



1. Por qué la gente de la Iglesia Reformada regresaba a los Países Bajos?
2. ¿Por qué los responsables de la ciudad de Wismar no querían que desembarcaran en su tierra?
3. A veces, incluso cuando se hace algo amable con alguien, esa persona no es amable contigo. Describe un momento en el que algo así te ha pasado. ¿Cómo te hizo sentir? ¿Qué crees que Jesús quiere que hagas en el futuro?



Juan Bunyan

EL PEREGRINO QUE HIZO EL PROGRESO

En 1628, Juan Bunyan nació en un pequeño pueblo del sur de Inglaterra. Era hijo de un calderero. Así se llamaba a las personas que podían reparar ollas y sartenes, afilar cuchillos y hacer otros pequeños trabajos de metal. Esa era la profesión de Juan, pero también empezó a predicar.

Cuando Juan era joven, Inglaterra estaba desgarrada por la guerra civil. El rey Carlos I fue asesinado y su hijo, Carlos II, fue expulsado del país. Oliver Cromwell tomó las riendas del gobierno. Gobernó bien, pero cuando murió, Carlos II fue traído de vuelta y nombrado rey.

Mientras los reyes estaban en el poder, la Iglesia oficial de Inglaterra controlaba toda la vida religiosa y apoyaba al rey. Sin embargo, mientras Oliver Cromwell administraba los asuntos del Estado, era diferente. Apoyó a las iglesias libres: los puritanos, los bautistas, los presbiterianos y los cuáqueros. Cuando Carlos II volvió al poder, quiso deshacerse de todas estas iglesias libres. Temía que no le fueran leales.

Fue en estas iglesias libres donde Juan Bunyan predicaba. Cuando se le pidió que dejara de predicar, se negó a obedecer la ley del Rey. Dijo que tenía que obedecer más a Dios.

En 1658, la primera esposa de Juan Bunyan murió, dejando a Juan con cuatro niños pequeños. Ese año también murió Oliver Cromwell. Juan se sentía muy solo y necesitaba ayuda para cuidar de sus hijos pequeños. María, la mayor, sólo tenía ocho años y era ciega. No pasó mucho tiempo y Juan se volvió a casar. Elizabeth, su

segunda esposa, se convirtió en una amante esposa y madre, y dio a luz a dos hijos más.

La prisión a la que fue enviado Juan Bunyan en 1661 no estaba lejos de la casa de Bunyan. Sólo había que seguir caminando por la misma calle para llegar a ella. Todos los días María, su hija ciega, le llevaba una olla de sopa.

Bunyan estuvo en prisión durante casi doce años, pero aprovechó bien ese tiempo. Escribió muchos artículos y libros. Su libro más famoso es *El Progreso del Peregrino*, una historia que habla de un joven que viaja al cielo. En 1672, Juan salió de la cárcel y reanudó su vida de predicador.

Murió de neumonía en Londres en 1688. Probablemente había contraído la enfermedad en una cabalgata bajo aguaceros helados mientras trataba de resolver una disputa entre un padre y su hijo.

Valor

RECHAZÓ LA OPORTUNIDAD DE ESCAPAR

Juan Bunyan alzó el cuello de su abrigo para protegerse del fuerte viento otoñal. Subía la colina hacia una conocida finca no lejos de Harlington. Le gustaba hacer esta caminata de trece millas desde su casa en Bedford para reunirse con aquellos cristianos llenos de fe que a menudo se reunían allí, bajo los árboles, para oírle predicar.

Sin embargo, este doce de noviembre hacía demasiado frío para reunirse en el exterior, por lo que se reunieron todos en la cálida casa.

Juan entró y les sonrió alegremente a todos, pero sus antiguos amigos no le saludaron con su habitual calidez. Por el contrario, se apartaron y susurraron entre ellos.

Finalmente, uno de los granjeros se llevó a Bunyan aparte y le dijo: «Juan, hemos oído que hay una orden de arresto contra ti. Pero toda esta gente sencilla es como tú y por eso nuestro policía no tiene mucho interés en detenerte». De hecho, me dijo que no llegaría hasta dentro de una hora. Así que tienes tiempo de sobra para escapar».

«¿Huir?», replicó Bunyan. «¿Por qué debería hacerlo? No he hecho nada malo. Tampoco estamos planeando una revolución aquí». Entonces Bunyan levantó la voz para que todos los presentes pudieran oírle bien. «Queridos míos, no os desaniméis. No tenemos nada de qué avergonzarnos, porque nos reunimos aquí para adorar. Y en cuanto a mí, predicar la palabra de Dios es un buen trabajo. Un día seré recompensado por ello, así que ¿por qué debería importarme sufrir un poco ahora?»

Faltaban unos minutos para que la reunión comenzara oficialmente. Bunyan salió a orar mientras paseaba bajo los altos olmos al

sol de la tarde. Sabía que ese día llegaría. Hacía poco tiempo el Parlamento británico había aprobado una ley que sólo permitía predicar a los ministros oficiales de la iglesia nacional. Juan no era miembro de la Iglesia oficial de Inglaterra, por lo que sabía que un día sería arrestado si no dejaba de predicar. Hoy podría ser ese día. Podía huir, pero si lo hacía por miedo, ¿qué sería de los nuevos creyentes? Abandonarían la esperanza, y su fe. ¡No! Él continuaría.

En el interior de la casa, todo el mundo estaba ya presente y esperando el servicio. Juan comenzó.

Unos minutos más tarde, otras dos personas se colaron en la sala y se detuvieron en el fondo. Eran el policía local y su socio. Estaban observando los procedimientos y vieron que estas personas no llevaban armas. No decían nada malo contra el gobierno ni planeaban una revolución. El policía no vio ninguna razón para detener a este calderero sólo porque estuviera predicando. Por otra parte, tenía sus órdenes y, por tanto, siguió adelante e hizo su trabajo. La gente estaba muy preocupada cuando Bunyan fue arrestado.

«No os preocupéis, hermanos», dijo Bunyan. «Demos gracias a Dios por no haber sido detenidos por haber hecho algo malo. Por el contrario, estamos sufriendo como cristianos porque estamos haciendo lo correcto. Es mejor sufrir nosotros mismos que causar sufrimiento a los demás».

Entonces el policía llevó a Bunyan a la cárcel, donde pasó los siguientes doce años.



Necesitas valor para hacer lo correcto,
al saber que tendrás que sufrir por ello.

Confianza

DEJAR A MARÍA EN MANOS DE JESÚS

Puedes salir cuando quieras», dijo Paul Cobb a Juan Bunyan. Los dos estaban sentados en la celda de la prisión de Bunyan en su ciudad natal, Bedford. Paul Cobb era una especie de mediador que debía persuadir a Juan Bunyan para que cediera. «No tienes que hacer nada más que prometer que no predicarás más. Sabemos que no eres un revolucionario, pero el Rey ... bueno, no quiere correr ningún riesgo».

Juan se levantó, se dirigió a la puerta de su celda y se asomó a través de los barrotes. Nunca había sospechado que tendría que estar entre rejas durante más de unos días. Pero los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. ¿Cuánto más podía empeorar la cosa?

Últimamente, le resultaba cada vez más difícil dormir porque las pesadillas le atormentaban. En sus sueños veía la horca fuera de la ciudad, donde a veces se ahorcaba a los criminales. Se imaginó su cuerpo colgando allí, expuesto a la lluvia. Esas pesadillas eran horribles, a menudo se despertaba con un sudor frío y oraba para tener el valor de mantener su confianza en Dios.

Poco a poco, Dios le dio ese valor y las pesadillas cesaron. Ya no se preocupaba por su propia vida. «No», contestó Bunyan a Paul Cobb que estaba esperando su respuesta. «No puedo hacer tal promesa. Las Escrituras nos enseñan que debemos obedecer a Dios más que a los hombres, y Dios nos ha dado instrucciones claras para predicar el Evangelio. Nunca podría prometer dejar de hacerlo, ni siquiera para salir de este agujero oscuro».

Cuando Cobb se hubo marchado, otro visitante vino a ver a Bunyan. Era su hija mayor, Mary. Venía casi todos los días a llevarle a su padre una olla de sopa y sus visitas le llenaban de gran alegría cada vez. Pero últimamente estaba preocupado por la chica. Tenía unos once años y era ciega de nacimiento. Y, sin embargo, había aprendido a recorrer las calles de Bedford con valor. Ahora no tenía ninguna dificultad para llevar la olla de sopa desde la casa de los Bunyans, a unas pocas manzanas de distancia, hasta su padre en la cárcel.

«¿Qué será de ella?», se preocupó Bunyan. «Necesita ayuda y protección especiales». Pensó en los niños malos del pueblo que se divertirían burlándose de ella y engañándola por su ceguera. Se preocupó por su futuro. ¿Cómo podría vivir su vida adulta por sí misma? «¿Y si tiene que mendigar para tener comida o si la pegan o tiene que vivir en algún lugar frío? ¿Quién cuidará de ella cuando yo esté en la cárcel o cuando muera?»

La quería tanto que se esforzó por contener las lágrimas hasta que ella se fue. «Oh, Señor, no me preocupo por mí», clamó a Dios, cayendo de rodillas sobre el suelo de piedra. «¿Qué puedo hacer por mi familia? ¿Debo arriesgarme a hacerles la vida aún más difícil? ¿Qué será de mi hija ciega? Parece demasiado para mí».

Entonces recordó a Jesucristo cómo tomó a los niños en sus brazos diciendo: «Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos» (Marcos 10:14-16).

La paz entró por fin en su corazón. Confiaba en que el Señor Jesús cuidaría de su querida María, incluso cuando él mismo ya no pudiera hacerlo. Y el Señor mantuvo a María a salvo todos los años que Juan estuvo en prisión.



Confiar en el Señor Jesús significa estar seguro de que Él cumplirá todas sus promesas.



No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí.
(Juan 14:1)



1. ¿Por qué Juan Bunyan no prometió dejar de predicar?
2. Mientras Bunyan estuviera en prisión, no podría proteger y cuidar a su hija ciega y a su familia. ¿Qué le preocupaba? ¿Qué hizo?
3. ¿Qué deberíamos hacer nosotros cuando ya no podemos ocuparnos de algo de lo que somos responsables?